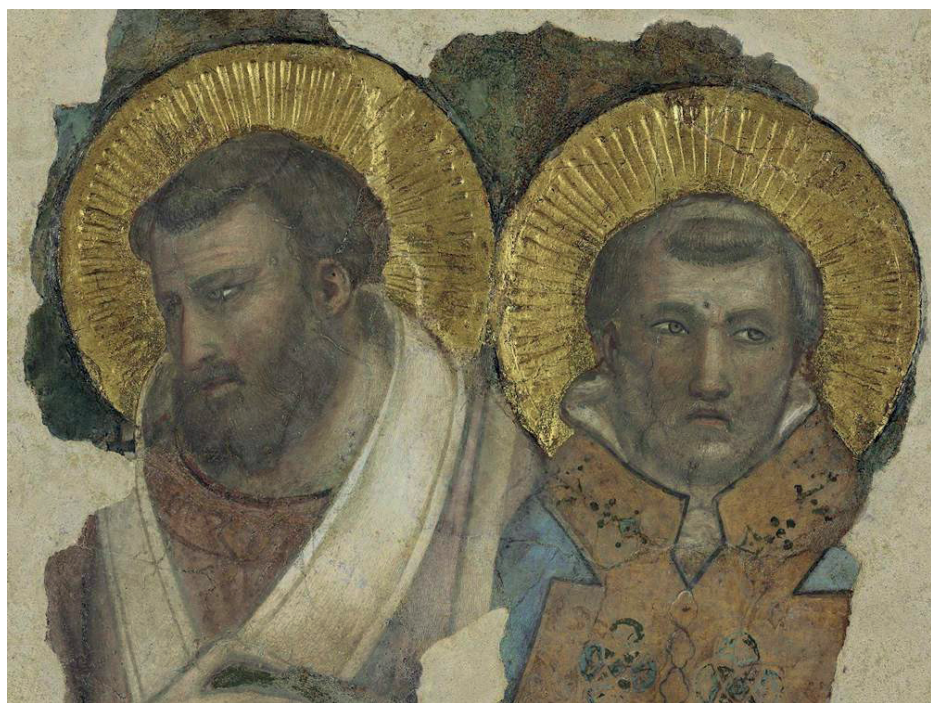


SACERDOCIO Y PALABRA



P. ENRIQUE SANTAYANA LOZANO C.O

Portada:
GIOTTO DI BONDONE, "Dos Apóstoles"
(Fragmento Vaticano)

SACERDOCIO Y PALABRA

P. ENRIQUE SANTAYANA LOZANO C.O.

CONGREGACIÓN DEL ORATORIO DE SAN FELIPE
NERI DE ALCALÁ DE HENARES

13 de febrero de 2025

SACERDOCIO Y PALABRA

En la Catedral de Alcalá de Henares

6 de febrero, 2025

Queridos todos:

Como a otros antes que a mí, me han invitado a dirigiros unas palabras con las que dar cauce a vuestra oración por los sacerdotes. Y, como a otros antes que a mí, me han señalado unas palabras de Benedicto XVI que sirvan como punto de partida, de forma que, aunque vengamos sacerdotes distintos y muchas veces desconozcamos el contenido de lo que ya han dicho otros, sigamos un orden trazado magistralmente por el papa Benedicto XVI, cuando proclamó el año sacerdotal y dedicó sus catequesis de los miércoles a hablar justamente sobre el sacerdocio.

Mi primera idea era comentar las palabras del Papa que me indicaron, de julio de 2009, unas palabras que podríamos decir que eran preparatorias del Año Sacerdotal. Pero creo que me quedaré en un asunto previo, el que os planteo ahora sin más rodeos: ¿Por qué dedicó el Papa un año entero a este asunto? ¿Por qué un año que implicaba su actividad semanal reclamando la atención y la oración de todo el Pueblo de Dios?

I. El motivo fundamental, me parece, es el peligro de que dentro de la propia Iglesia, pastores y fieles, lleguemos a entender mal y valorar mal el sacerdocio ministerial. En la práctica, a veces también en la teoría, se ve en el sacerdote una especie de gestor, uno de la comunidad, que se dedica a organizar la vida de esa misma comunidad religiosa y a proveer según sus necesidades. Esta visión equivocada del ministerio, como ges-

tor, tendrá muchas causas... señalo una: la pérdida del sentido de lo sagrado entre los cristianos.

Tratamos las cosas más sagradas como si fueran de este mundo: convertimos las iglesias y las catedrales en museos. No mantenemos entre nosotros el respeto y el silencio que exige una iglesia y la celebración de la liturgia. Cuando nos acercamos a Dios, al Santo, cuando nos acercamos ad Sacrum, es decir, a la Eucaristía, no sentimos mucho escrúpulo, temor ¡ninguno!, aunque sepamos que nuestra alma haya contraído deudas y no esté en la mejor disposición. ¡Ya casi ni nos damos cuenta! Cuando escuchemos este domingo que Simón Pedro se postra a los pies de Jesús diciendo «apártate de mí, que soy un pecador», nos parecerá una actitud pintoresca y nos provocará una sonrisa condescendiente hacia Simón, como si fuese un pobre ignorante al actuar así ante el Señor; sobre todo si nuestra imaginación está alimentada y mediada por esos dibujos, estilo dibujos animados, que nos dan una idea tan infantilizada del Verbo hecho carne. ¡Esos dibujos que tanto mal hacen a la transmisión de la fe! Tratamos lo sagrado como algo que no merece silencio, ni atención, ni reverencia, y luego nos extraña que nos digan que somos homófobos si negamos la comunión a una pareja de homosexuales que quieren comulgar sin corregir su vida y sin someterse al sacramento de la penitencia. ¡Nos extrañamos! ¡Si somos nosotros los que le estamos diciendo al mundo que lo sagrado es como todo lo que compramos y vendemos! Como algo a lo que tenemos derecho, algo que podemos coger y soltar cuando queramos, algo que se nos debe, que la Iglesia no nos puede negar, ni poner condiciones para dárnoslo. Y al sacerdote, en el fondo, lo vemos como el que nos suministra eso sagrado que nosotros usamos y consumimos. Lo miramos y lo valoramos, al sacerdote, conforme a los criterios de eficacia y de producción

con los que este mundo mira sus negocios. Y, como muchos de esos sacerdotes son humanamente pobres, porque muchos no son desde luego los más listos, o los que mejor preparación tienen, o los más desenvueltos en la sociedad... Como muchos no son tampoco en el ámbito moral los más ejemplares, creemos que podemos sustituir en todo o en parte a estos desdichados sacerdotes.

¿Quién dice que tienen que ser ellos los que organicen y gobiernen la vida parroquial? En el fondo, los laicos pueden hacer casi todo: llevar la comunión a los enfermos, organizar y dar la catequesis, llevar las cuentas y la limpieza y las obras. Muchos laicos están, o pueden estar, más preparados para entender y explicar las Escrituras. De hecho, por eso muchos laicos bien formados desprecian la predicación de los pobres curas; y muchos pobres curas, acomplejados, se dejan llevar y solo quieren hacer algo breve y amable, breve y gracioso... breve siempre y en cualquier caso, para no ser malmirado por los laicos bien formados. Más aún: ¿Acaso no hay laicos que tienen de eso que llamamos «carisma» más que muchos sacerdotes? En realidad, no hablamos de carisma, que es algo muy serio, sino de «gancho», de esa capacidad humana que tienen algunas personas para atraer a otras y hacer atractivo aquello que presentan a los demás. ¿Y no hay muchos laicos con mucho más «carisma» o «gancho», que los pobres sacerdotes? Más aún: en los lugares donde hay pocos sacerdotes parece que no pasa nada, que basta con dar permiso para que los seglares dirijan una liturgia de la Palabra y distribuyan la comunión los domingos. Así, por unas cosas o por otras, el sacerdocio va apareciendo como un accesorio que no es tan necesario. Si se tiene bien, si no, pues ya tomarán los laicos más responsabilidades. Así que, una de dos, o el sacerdote se pone las pilas y aparece como un gran gestor, como un admi-

nistrador despierto y vivaz de los servicios religiosos, es decir, un hombre valioso según los criterios mundanos, o pronto se ve relegado a consagrar de vez en cuando y a confesar, también de vez en cuando, a los más escrupulosos, a los más rancios. Entonces, si el sacerdocio es solo un pequeño servicio que la comunidad delega en algunos, ¿por qué no dárselo a hombres virtuosos y casados? ¿Por qué no dárselo a las que siempre están ahí partiéndose la cara por la Iglesia en todas las cosas, es decir, a las mujeres?

Lo dicho es solo un boceto, unas pocas líneas gruesas, pero ¿qué es lo se esconde tras estas ideas que van surgiendo aquí y allá y van tomando fuerza? La pérdida del sentido de lo sagrado y la idea de que el sacerdocio es solo un servicio humano, un servicio de hombres para hombres. La pérdida del sentido de lo sagrado es la no percepción de la grandeza y de la gravedad del hecho de que tenemos un alma eterna, con un destino eterno, destino eterno que no es este mundo ni las riquezas de este mundo. El olvido de que Dios ha querido, él, por pura misericordia y por pura gracia, abrirnos un camino al cielo, que implica el perdón de unos pecados, los nuestros, que nos condenaban al infierno eterno. El olvido de que él nos ha ofrecido un perdón que no merecemos y que nos abre un camino a la vida eterna, la vida de Dios, que en ningún caso, ni por lo más remoto, aunque nunca hubiésemos pecado, habríamos podido alcanzar por nosotros mismos. Y que el único camino que él nos ha abierto para estas dos cosas, para obtener el perdón de los pecados y alcanzar la vida de Dios, es su Hijo hecho hombre, su Palabra que ha tomado carne en el seno de María, y sus Apóstoles, que ha elegido Él, para formar a su Iglesia, como Esposa suya, nacida de su sacrificio, del amor de su costado, apostólica, establecida sobre la persona y el ministerio de los Apóstoles, es decir, sacerdotal, que a través del sacerdocio hace

presente y actual a Cristo, con su Palabra y con su Cuerpo.

Sin esta Iglesia Apostólica, que implica el sacerdocio ministerial, no tenemos a Cristo. Por eso los protestantes no tienen a Cristo actual y presente, solo lo tienen como memoria y recuerdo y solo pueden vivir en relación con Dios en el orden de la creación, sin los vínculos sobrenaturales que vienen de la Encarnación del Verbo, porque los vínculos sobrenaturales (la sucesión apostólica, el sacerdocio y la Eucaristía) los han perdido. Sin el sacerdocio no tenemos a Cristo, ni sacramentos, ni Palabra, sino solo un recuerdo cada vez más lejano de su Palabra y de su Cruz. Sin sucesión apostólica y sacerdocio, no tenemos Iglesia como Cuerpo unido a su Cabeza, solo una organización humana.

Por todo eso es urgente, lo era cuando Benedicto XVI proclamó el año sacerdotal y lo sigue siendo ahora, abrir los ojos ante el bien del sacerdocio y entender que es algo sagrado y algo grande de lo que no podemos prescindir, al contrario. Es urgente que nosotros, no el mundo, sino los cristianos, abramos los ojos al bien del sacerdocio. Es necesario que los sacerdotes abramos los ojos a lo que somos y que vivamos conforme a este bien, que no nace de nosotros, sino de Aquel que nos ha llamado y nos ha unido a sí como Cabeza de la Iglesia.

El cura de Ars, muy humilde, pero consciente de ser para su pueblo un inmenso don de Dios, un inmenso bien, hablaba así de la importancia del sacerdote:

«Si desapareciese el sacramento del orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de

Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo solo lo entenderá en el cielo».

Y también:

«Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra... ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes... Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán a las bestias... El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para vosotros».

II. Para que entendamos el bien que es el sacerdocio, qué es el sacerdote, un bien que no podemos sustituir por ninguna figura creada por nosotros mismos, quiero que reflexionemos en esta segunda parte sobre la relación que tiene el sacerdocio con dos realidades fundamentales en la vida de la Iglesia: la Palabra y la Eucaristía.

No hablo de la importancia que tiene el sacerdote para mantener una estructura funcional, sino para la vida del Pueblo de Dios como Pueblo de Dios, que tiene su origen en Dios, que es de Dios y vive en relación amorosa con él, y que camina hacia Dios. Y en la vida del Pueblo de Dios que camina en este mundo, ¿cuál es su centro? ¿Cuál es el centro de la vida de los cristianos? Ya laicos, o clérigos o religiosos; ya casados o solteros; ya ancianos o niños... ¿cuál es el centro de la vida

cristiana de todos ellos? La Eucaristía. La Eucaristía es el centro de la vida de toda la Iglesia. Y no hay Eucaristía sin sacerdocio. Creo que estas dos verdades son evidentes para todos nosotros: primero, que la Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia, que la Eucaristía es su fuente y su culmen; segundo, que no hay Eucaristía sin sacerdocio.

Pero hay que subrayar algo que muchas veces pasa desapercibido. No hay celebración de la Eucaristía sin Palabra de Dios. No hay celebración alguna de sacramentos sin Palabra de Dios. Existe un vínculo estrechísimo entre sacramento y Palabra de Dios, que, si cabe, es más evidente en la Eucaristía.

Quiero que penséis en este vínculo entre Palabra de Dios y Eucaristía. Cuando comulgáis, os acercáis a Cristo por medio de vuestro cuerpo: dais unos pasos hasta acercaros a él y lo recibís en la boca. Pero, ¿dónde queda Cristo? ¿Queda solo en el aparato digestivo? A veces me temo que sí. Pero no es nuestro intestino el que puede acoger a Cristo, sino el alma. Y el alma, ¿cómo es informada de aquel que llega a ella? El alma es llamada, es informada, es despertada por la Palabra de aquel que se nos da en su cuerpo eucarístico. El que nos da su Cuerpo, dirige su Palabra a nuestra inteligencia, a nuestra voluntad, a nuestros afectos. Y no es posible acoger lo uno sin lo otro. Por eso la liturgia de la Palabra precede siempre a la presentación de las ofrendas sobre el altar y al resto de la celebración del sacramento. Desprecia a Cristo quien se contenta con escuchar su Palabra y no acoge, con las disposiciones adecuadas, la ofrenda que hace de su Cuerpo. Y desprecia a Cristo quien pretende acoger su Cuerpo sin atender su Palabra.

María escuchó, dio fe, y así acogió en su propia carne al Verbo, que de su carne tomó carne, la carne eucarística. Primero es la Palabra y la escucha, luego el cuerpo eucarístico.

El Verbo creador no se habría hecho hombre sin la escucha religiosa de María. Si María no hubiese escuchado y obedecido a quien es la Palabra, no habría llegado a ser la Madre de Dios.

Como paréntesis diré que esto debe hacer que examinemos cómo es nuestra atención a la Palabra de Dios. San Jerónimo, uno de los grandes padres de la Iglesia latina, se fija en aquella afirmación de Jesús: «Si el grano de trigo no muere, sólo él pervive; pero si muere, da la vida a otros» (Jn 12,24). Luego dice: «Dichoso quien entiende [penetra con la inteligencia] la sustancia de este trigo». Y sigue poniendo en relación este «entender» con la Sagrada Escritura: «Nosotros leemos las Sagradas Escrituras. Y entiendo que el Evangelio es el Cuerpo de Cristo y que las Sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando Jesús dice: “Quien no come mi carne y bebe mi sangre” (Jn 6,53), se deben entender estas palabras referidas al Misterio [eucarístico], pero también deben entenderse referidas a la palabra de la Escritura, que es la enseñanza divina. Cuando nos acercamos al Misterio [eucarístico], si se nos cae una partícula, nos sentimos perdidos. Y cuando escuchamos la Palabra de Dios y se nos vierte en el oído la Palabra de Dios, carne y sangre de Cristo, ¿si estamos distraídos en otra cosa, no correremos peligro?»

Estas palabras de san Jerónimo, citadas por Benedicto XVI en su exhortación apostólica *Verbum Domini*, deben hacernos reflexionar sobre nuestra forma de acercarnos no solo a la comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo, sino a la escucha de su Palabra.

Cerramos el paréntesis sobre la atención que debemos a la Palabra de Dios. Estábamos hablando de la relación que existe entre Palabra de Dios y Eucaristía, del vínculo estrechísimo que existe entre una y otra, y de la relación que una y otra

tienen con el sacerdote. Ahora quiero dar un paso más: si no hay Eucaristía sin sacerdote, tampoco su Palabra es verdaderamente su Palabra, esto es, la Palabra eterna y viva, sin sacerdote.

Porque es cierto que cualquiera, incluso un no cristiano, puede leer el Evangelio y hacerlo con atención y con espíritu religioso y sacar de esa lectura una enseñanza fructífera. Pero solo el sacerdote hace que su palabra, dicha de una vez para siempre y fijada en la Escritura, resuene en medio del Pueblo de Dios como la Palabra eficaz de quien vive. Insisto: un hombre cualquiera, varón o mujer, puede escuchar, leer y sacar provecho; puede haber profesores de Escritura y de teología laicos, mujeres y varones, que nos enseñen el sentido de la Escritura, a todos, también a los sacerdotes. Los mismos catequistas, la mayoría laicos y religiosos, también son anunciadores y propagadores de la Palabra. Cualquier cristiano, de hecho, tiene la capacidad y el deber de anunciar y de llevar el Evangelio, en su vida y en sus palabras, porque todos los miembros del Cuerpo de Cristo remiten al Cuerpo total y a su Cabeza. Pero solamente el sacramento del Orden identifica a un varón con Cristo Cabeza, que enseña a su pueblo y al mundo. Cristo es la Verdad y el maestro de la verdad. Y es él quien pide a su Padre que los Apóstoles, sus primeros sacerdotes, sean consagrados en la verdad, es decir, sean separados y como sumergidos en la Verdad que es él, para hacerlos con él maestros de la Verdad. Vayamos más despacio: Ruega Jesús a su Padre: «Conságralos en la Verdad» (Jn 17,17) Y ¿cuál es la Verdad? Sigue diciendo Jesús en el evangelio de san Juan: «Mi Palabra es la verdad». «Conságralos en la Verdad, mi Palabra es la Verdad». En la ordenación sacerdotal Dios consagra a un varón en la Verdad que es la Palabra de Cristo: lo separa, no solo del mundo, sino del resto de sus hermanos, para introducirlo en misterio de su

Hijo, cabeza de la Iglesia. Hay que entender bien esta separación: los que se ordenan no son separados para constituir una especie de casta superior, sino para participar de las relaciones que Cristo Cabeza tiene con el resto de la Iglesia y con el mundo. «No son del mundo, como yo no soy del mundo» (Jn 17,16). Y Cristo proclama, de forma solemne en la explanada del templo, cuando allí se encendían unas enormes ampollas de aceite que iluminaban la noche de toda Jerusalén: «Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no camina en tinieblas» (Jn 8,12). Él es 1) la luz ofrecida a todos, que 2) alumbra el camino de los que le siguen, esto es, de los cristianos. Es decir, así como yo no soy de este mundo y he sido enviado como Verdad, para llamar a los que viven en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y para iluminar el camino de los que me siguen, así estos que yo he elegido son separados conmigo, de forma que yo me convierto en su heredad y mis amores se convierten en sus amores, y mi misión en su misión. Ya no tienen esposa ni hijos según el orden creado, orden bueno, porque han sido separados de ese orden natural, de las relaciones naturales, para participar de la relación y del orden de Cristo con el mundo y con la Iglesia.

Y por eso ese hombre, no otro, el que ha recibido el sacramento del Orden, llega a ser ministro de la Verdad: «No son del mundo lo mismo que yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu Palabra es la verdad. Lo mismo que Tú me enviaste al mundo, así los he enviado yo al mundo» (Jn 17,16-18) .

Esta consagración en la verdad tendrá graves consecuencias para el sacerdote, se le pedirá cuenta de que su propia palabra y vida se ajusten a la Verdad a la que ha sido consagrado. Aunque no sea el que más sepa, aunque pueda haber otros cristianos más sabios, más desprendidos que él, más caritativos, más castos o

con una vida espiritual más fuerte... el sacerdote ha sido separado, consagrado en la Verdad que es la Palabra. Y desde el momento de la ordenación sacerdotal, la palabra del sacerdote tiene la capacidad de hacer actual la Palabra eterna de Cristo, como ocurre de forma eminente cuando absuelve los pecados o repite las palabras de la consagración eucarística.

La vinculación que el sacerdote tiene con la Palabra y con la Eucaristía es única y justo por eso tiene una misión que no puede ser sustituida por nadie. El Pueblo de Dios depende del sacerdote para recibir la Palabra y los sacramentos. Por el mismo motivo, el sacerdote tiene una responsabilidad que no tiene ningún otro. Si alguien tiene la responsabilidad de vivir de la Eucaristía, ese es el sacerdote, que es el único que puede ofrecerla al Pueblo de Dios. Si alguno tiene la responsabilidad de estudiar y de esforzarse en acoger religiosamente la Palabra de Dios, ese es el sacerdote, que es el único que tiene la capacidad de decir esa Palabra unido a Cristo Cabeza.

El triple oficio del sacerdote ordenado, especialmente en el caso del obispo, el triple oficio del que os habrán hablado o del que os hablarán, tiene aquí su punto de partida: en la vinculación del sacerdote con Cristo cabeza, que enseña, que gobierna o pastorea, y que santifica a su pueblo. El sacerdote, unido a Cristo Cabeza, realiza este triple e indivisible oficio con estos dos elementos: su Palabra y los sacramentos, que tienen siempre como centro la Eucaristía.

Adoremos a Cristo Eucaristía y pidámosle que nos dé a todos amor a su Palabra, amor a la Eucaristía, amor al sacerdocio, amor a él.

Alabado sea Jesucristo
Siempre sea alabado



CONGREGACIÓN DEL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI
ALCALÁ DE HENARES